



El barco fantasma

Hace muchos años, en la villa costera de Lloret de Mar, se contaba una leyenda que hacía estremecer a grandes y pequeños. Hablaba de un barco fantasma que navegaba sin descanso, lejos de la costa, con el casco y las velas negros como el carbón. Una bandera negra con una calavera ondeaba sobre él y de sus mástiles colgaban huesos picoteados por los cuervos.

Su tripulación de esqueletos iluminaba la noche con un resplandor siniestro. En la leyenda, verlo era un mal presagio: se decía que nadie que lo hubiera visto sobrevivía más de ocho días.

Todo había empezado una lejana Navidad. El capitán se burlaba de las creencias religiosas de sus marineros. Aquella Nochebuena, con el barco anclado en Lloret de Mar, uno de ellos pidió bajar a tierra para asistir a la misa del gallo. El capitán y algunos compañeros decidieron acompañarlo con la única intención de mofarse de su fe.

Al entrar en la iglesia, una fuerza misteriosa les impidió interrumpir la ceremonia. Terminada la misa, todos volvieron a bordo salvo el marinero creyente. No quería seguir viajando con quienes despreciaban sus creencias y prefirió quedarse en tierra.



Cuando el capitán y los demás subieron al barco, ocurrió algo extraordinario. La nave levó anclas sola y empezó a navegar sin ayuda. Quedó condenada a surcar los mares eternamente, sin volver a tocar tierra. Los tripulantes se transformaron en esqueletos y continuaron trabajando día y noche, sin descanso.

Según cuentan, el barco fantasma sigue su travesía y sus velas negras todavía pueden verse en el horizonte. Los vecinos de Lloret de Mar transmiten esta historia a sus hijos y nietos como una leyenda sobre el respeto a las creencias de los demás.

Y así termina el relato del barco fantasma: una historia de misterio en la que el respeto se convierte en una luz capaz de guiarnos hacia un puerto seguro.